

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



AZANZA LÓPEZ, José Javier:
Crónica de un fracaso: Jorge Oteiza, Felipe IV y el VIII Centenario de San Sebastián (1950). Cuadernos del Museo Oteiza, 8. Alzuza, Fundación Museo Jorge Oteiza, 2013.

ISBN 978-84-9388-239-6

BIBLID [(2016), 6; 159-161]

Al igual que previamente sucedió con importantes legados de escultores, como Pablo Gargallo, Pablo Serrano, Julio González o Ángel Ferrant, sustentados por importantes museos, los fondos documentales custodiados por el Museo Oteiza están proporcionando valiosa información, como atestiguan los números anteriores de estos *Cuadernos* y los trabajos de María Soledad Álvarez Martínez.

Con este libro, no muy extenso pero sustancioso en contenido, José Javier Azanza revela ahora un episodio poco conocido de la trayectoria de Jorge Oteiza. En la extensa bibliografía sobre el escultor de Orío, apenas se reseña su participación en el concurso nacional para la estatua de Felipe IV, convocado por el Ayuntamiento de San Sebastián con motivo de la conmemoración en 1950 del VIII Centenario de su fundación. La estatua debería erigirse en la Plaza de la Constitución, por entonces del 18 de Julio.

Al concurso, convocado en 1949 y que exigía en su primera base la colaboración de un arquitecto y un escultor, se presentaron tres proyectos: el firmado por Jorge Oteiza y José María Ruiz Aizpiri; otro por Lorenzo González Iglesias y José Luis Núñez Solé, arquitecto y escultor salmantinos; y el tercero por el arquitecto Eduardo Lagarde Aramburu y el escultor José Díaz Bueno; este último con pocas opciones por la desafortunada concepción de su imagen.

Aunque el Tribunal Calificador valoró muy positivamente el proyecto de Oteiza y Ruiz Aizpiri, finalmente el concurso fue declarado desierto y no llegó a concretarse, hecho que ha contribuido al aparente desinterés por este episodio en la biografía del guipuzcoano. Un jurado innecesariamente amplio y factores externos, como el impopular proyecto paralelo de intervención en el Monte Urgull, y la orientación utilitaria de los fondos disponibles, son algunas de las hipótesis que Azanza baraja para explicar el fallido dictamen.

Similares circunstancias afectaron también al parejo concurso monumental a Sancho el Sabio, estudiado por el autor en un artículo de la revista *Goya*.

Sin embargo, el minucioso estudio sobre la participación de Oteiza en este concurso de Felipe IV, llevado a cabo a partir de la documentación inédita conservada en los archivos de la Fundación-Museo Jorge Oteiza de Alzuza y Municipal de San Sebastián, así como de las reseñas de prensa de la época, aporta claves muy reveladoras en relación con el pensamiento y universo estético del artista.

Por una parte permite profundizar en su retorno de América, con el firme propósito de triunfar en París frente al escultor inglés Henry Moore, y evidencia su desencanto ante la sensación de abandono cultural que experimenta en su regreso al País Vasco.

Azanza además penetra en “la cocina” del proyecto para desvelar la seriedad y consistencia de la propuesta oteiziana. Refleja así su apuesta por la sección áurea y el concepto de “rectángulo dinámico” a la hora de enclavar la estatua y desplazarla del centro de la plaza. Sus complejos cálculos utilizan la espiral de Durero y la serie de Fibonacci. Plasmar la figura del rey le permitió además mostrar su admiración por Diego Velázquez, inspirándose en su *Retrato de Felipe IV de castaño y plata* (1631-32, The National Gallery, Londres) para modelar la imagen, cuyos rasgos interpreta de forma sintética y expresiva. El diseño del pedestal, excesivamente clásico para el tono de la estatua, permitía sin embargo sintonizar con el entorno de la plaza.

Y es que la parte arquitectónica del proyecto ofrece información igualmente llamativa. Sobre todo porque supuso para el artista, en sus propias palabras, un “insospechado calvario”, ya que tuvo que contactar hasta con 27 arquitectos para satisfacer la exigencia de colaboración establecida en las

bases. Esta relación con la arquitectura marcará sin duda al escultor, aunque en posteriores proyectos, como el de la basílica de Aránzazu, fuera más fluida y fructífera.

Con todo, la evolución del concurso permite comprobar la transformación personal experimentada en este breve período de tiempo por Oteiza, quien tras las protestas y dudas iniciales acabará convencido de la victoria final; de ahí el empleo del término utilizado en el título del libro, entendido en el sentido de la “estimulación del fracaso” que alimenta el mito del artista.

En definitiva, la participación en el concurso monumental de San Sebastián constituye un eslabón importante en la cadena vital del escultor, que sirve de enlace entre su retorno de América y su vinculación al proyecto de Aránzazu. Como señala el autor, en 1949 la ocasión fue entendida por Oteiza como un verdadero trampolín hacia su triunfo en nuestro panorama artístico. De ahí la concienzuda elaboración de un proyecto en el que encontramos algunas constantes que aparecerán en posteriores actuaciones, y que marcarán su futuro devenir profesional.

MOISÉS BAZÁN DE HUERTA
Universidad de Extremadura (UEX)